DAGUERROTIPOS DEL RECUERDO

(A través de un rostro.)

aquel país con forma de remo, apuntando a los trópicos desde la tierra más austral, entre los Andes y el Pacífico. En la fabulosa costa de muertos y vivos navegantes, con esqueletos de veleras naves en los arrecifes combatidos por la sal y la borrasca. En el puerto — Valparaíso — que asoma su ciudad al mar, desde los cerros mondos. (Bastaría erguir la cabeza por encima de ellos para encontrar el valle inmenso, feraz y húmedo, al pie de la Cordillera eternamente nívea.)

Allí, sí, hace unos quince años, en un liceo de niñas, encontré su rostro en un libro, debajo de mis manos, de mis propios párpados abstraídos. Era una mala fotografía gris,

borrosa, triste o melancólica. Se me ordenó ampliar aquel retrato, para que éste presidiera la vida interior del alumnado, como el más alto símbolo patriótico.

Y mis dedos intentaron rehacer aquella frente ancha y alta, aquellos ojos que miraban lejos, lejos, aquella boca apasionada y amarga, sin sonrisa... Era un rostro de biseles limpios, con una altivez remota de noble jerarquía ¿india? ¿española? Mi sangre presentía, debajo de aquella epidermis tensa, un flujo que no era el mío—manando de la vieja Cantabria marinera y la montaraz Navarra labradora—, sino que provenía del paisaje y de la tierra de Chile. Pero este *algo* común traspasaba los orígenes y encendía el espíritu de aquel rostro, vivo en mí como ejemplo. Versos, prosas, canciones, habían horadado mi alma adolescente, formándola como la madre al hijo. Los clásicos del solar español—solar de mi raza—pasaban ante nosotras, ante mí, como figuras grandiosas, pretéritas y distantes. El nombre y la voz de aquella mujer se adentraban en nosotras con una intimidad materna, con un calor cercanamente humano, para enseñarnos amor, ternura, belleza, vida, el "duro y suave universo", en unas palabras hondas, fluidoras y, a veces, rotundas como golpes de hacha sobre el roble. Habían presidido nuestras lecturas escolares, y, especialmente, aquellos "sonetos de la muerte" nos hacían suspirar, ahogando el sollozo o el gemido. Cantábamos también sus canciones y las danzábamos. *(¿En dónde tejemos la ronda? La haremos a orillas del mar...)*

Su voz, a través de la letra impresa, ordenaba nuestras almas informes, con sencillo ademán.

* * *

No se trataba de dar donosura ni transfiguración. No había que corregir formas ni enmendar la parquedad. Había que interpretar lisa y llanamente. Mas ¿cómo?

Y, en silencio, se hicieron de nuevo sus ojos, su boca... La hija rehacía a la madre con torpeza, en una transvasación invisiblemente interna.

Y yo quería ver en aquella oscura forma dibujada, en aquellos imprecisos rasgos, el juego rápido de la luz dentro de los iris, la dulce loma de la mejilla color de miel, hierbas en las pestañas, ramajes en el corto cabello laxo, un amplio valle sobre el pecho descubierto...

Yo era una niña ni triste ni huraña, sino precozmente callada. La timidez se abrigaba con silencios; pero, en la soledad, dialogaba con aquel rostro que surgía, pliegue a pliegue, sombra a sombra, de mi indeciso lápiz negro, suplicándole protección, guía y espíritu.

* * *

Cuando el cuadro se posó en la blanca pared de la clase, apenas osaba mirar aquellos ojos quietos, distantes, aquella boca sin sonrisa... Pero advertía que cuantas cosas nos enseñaban eran, más o menos, semejantes o idénticas a las *suyas*,

sólo que no eran explicadas con tan hermosas palabras eternas, y no hendían el espíritu con escisión tan profunda. No invitaban como las de *ella* a recoger la belleza de la tierra, ni sabían de aquel dolor que era riqueza del ser...

II

No era ya la triste, neblinosa cartulina.

Era el rostro de carne y hueso, sobre una mujer ancha y alta, de pie sobre Castilla, después de haber cruzado muchos mares y muchas tierras, ante mí, trémula y huidiza. Los mismos cabellos cortos y laxos, pero ya cenicientos, rebeldes sobre las sienes. Los ojos, sin embargo, ya no eran los mismos. Yo no sabía, entonces—en aquel puerto del Pacífico—, qué color los animaba. Eran, en realidad, un agua profunda, verdosa, con légamos de sabiduría, intuiciones, seres y paisajes diversos. La mano carnosa subía, a menudo, hacia aquella frente rotunda. Sólo la boca conservaba la misma amargura, igual desolación. Mas cuando la sonrisa—relámpago de jovialidad—iluminaba los ojos y ponía en el rostro la claridad blancoazul de los dientes, la boca y los demás rasgos se transformaban mágicamente. El leve aire indio se disolvía en luz mediterránea, en éxtasis y vuelo del espíritu.

¿Y la voz, la viva voz? Hablaba suave, lentamente. Abstrayéndose un poco, podía oírse un son de melopea o salmodia, acaso de letanía, dulce muchas veces. Mas, en ocasiones —ante la injusticia, por ejemplo—, se volvía seca y pelada

como leña de lumbre; en otras, lloraba desesperanzas, recordando "sus pobres tierras desorientadas"; en algunas, ardía, emergiendo de una garganta de luz, al defender el trópico, cuya sustancia está encubierta por el lujo "ostensible y ostentoso".

Cuando sentaba a su mesa hospitalaria a vagabundos chilenos sin hogar—algunos habían recalado en China, la India, Australia, Nápoles, Marsella—, los escuchaba con un oído milagroso, los miraba con ojos llenos de preguntas.

El rostro vivía en carne y sangre de mujer excepcional. El retrato gris se quemaba en el recuerdo.

III

El país lusitano le dió, a su tiempo, dulzura y un reposo que a ella le "parecía un cuento". Reposo que la escritora convertía en actividad creadora. "Yo estoy muy contenta, casi feliz, con apetito de libros, de música, de paisaje y de trabajo", me decía en una de sus cartas.

Y me la imaginaba con ojos de verdor acrecido por la umbría y solombra portuguesas; con ojos donde se iba paliando la cruda, reverberante luz de Castilla.

¿Su espíritu? Sin rencor y poseyendo en la memoria a *todos* sus amigos españoles, súbitamente abandonados.

"Depure su alma sin descanso. Los ángeles no pueden bajar a hacer la limpia de este mundo grosero y egoísta, y ésta es la tarea de ustedes los jóvenes", me escribía. Y las palabras me llegaban vivas, calientes, conmovedoras, llenas de exi-

gencia, dibujando un rostro más dulce, más femenino—contagiado de suavidad lusa—, rehallando en las aguas del Tajo lisboeta la parca voz de Castilla, libre allí del soñador almíbar portugués.

Y su mano, por encima de la frontera, tendía dádivas generosas que, por pudor, no desvelo. Pero sus ojos presentían nuevamente el retorno a la América del Sur, su patria continental.

IV

Hoy no sé si aquel retrato de hace quince años está podrido de humedad, blando como pasta de papel o reseco por el sol de aquel gran patio.

Mas aquel rostro mira hoy el cielo de Suecia, raptado de los trópicos por las alas de la gloria, temblando de frío entre pieles y más pieles nórdicas, lejos de la Cruz del Sur. ¿Más blancos los cabellos? ¿Tan blancos como el nuevo paisaje? Acaso.

Y yo veo aquel rostro—en el tiempo sin tiempo—surtiendo de todas las tierras, de la única tierra original, eterno, con la impasible sonrisa de los indios de América. Pero el verbo español manará de la boca de este rostro—boca, también, del corazón y del espíritu—en inextinguible marea, por los siglos de los siglos, y hasta el pecho de Dios.

CONCHA ZARDOYA